

fanatismo exagerado y estúpido de uno de ellos, que era el que dominaba á la supersticiosa imaginacion de aquel príncipe, y la incapacidad de D. Carlos, tipo el más exagerado de la imbecilidad, ignorancia y debilidad de la degradada raza borbónica, no hubiera sido un misterio el que aquella causa estaba perdida, que sólo se sostenia gracias á la torpeza del Gobierno constitucional, y que la guerra civil tocaba á su término. D. Carlos de Borbon era, en efecto, hombre de escasa instruccion, carecia de dotes políticas y de gobierno, era en extremo débil é irresoluto, exageradamente fanático, y como ignorante y débil, muy aficionado á los aduladores. Gracias á este carácter, algunos intrigantes fanáticos se habian apoderado completamente de su espíritu, y le manejaban á su antojo, sin que las pocas personas de mérito que figuraban en su partido le merecieran el más ligero aprecio. Como todos los Borbones, era ingrato, insensible y cruel, de manera que aquellos bravos militares que por él se sacrificaban no alcanzaban ni su confianza, ni la más ligera afeccion en aquel corazon duro y egoista.

Unos cuantos frailes estúpidos y un intrigante codicioso y rastrero, llamado Arias Teijeiro, que llegó á ser su ministro universal, eran los únicos consejeros que dirijian, no sólo sus acciones, sino todos los negocios de la guerra, á despecho de los generales de mérito, que aunque pocos, existian en la córte carlista, y que odiaban de muerte á los serviles cortesanos, que sin trabajar nada por el triunfo de la causa comun, sacaban de ella pingües utilidades. Lo mismo que entre el clero católico existen esos prelados ilusorios que se titulan obispos y arzobispos de países y ciudades que ni aún oyeron hablar de la religion de Cristo, y que se distinguen con el pomposo título de arzobispo de Pekin, ó de Damasco *in partibus infidelium*, existian en la ridícula córte carlista capitanes generales, intendentes y gobernadores ilusorios de Cádiz, de Granada, de Zaragoza, magistrados de la Audiencia de Canarias, con otros mil títulos ridículos de empleados *in partibus infidelium*, lo cual no era un inconveniente para que aquellos ilusorios funcionarios cobrasen mensualmente la nómina por el cargo público para el que se les suponía destinados, privando al soldado que se batia de los precisos recursos que habian de mantenerle, vestirle y proveerle de municiones. Este numeroso enjambre de empleados que no tenian más oficio que adular al príncipe, seguia do quiera al campo carlista como una nube de zánganos, y consumia cuantos recursos podian proporcionarse los facciosos. Las provincias del Norte, acostumbradas á cierta independencia y holgura y á pagar á la Corona pocas contribuciones, tenian precisamente que mantener con sus recursos, no sólo un numeroso ejército, sino una córte opulenta y numerosa, sin contar con que sacrificaban por aquella causa la sangre de lo más florido de su juventud.

Estas pesadísimas cargas, soportadas un año y otro año, la natural incuria que por efecto de la guerra habia de dejarse sentir en la agricultura y la industria del país y la desconfianza de ver un término á tan crítica situacion, llegaron á producir en aquellas provincias un cansancio natural y un disgusto profundo que crecia diariamente, enfriando y apagando el entusiasmo que por la causa carlista habian sentido al principio de la guerra.

La lucha cruel entre el partido fanático y clerical que acaudillaba Teijeiro y